

RESEÑAS

CAMPOS, R., VILLASANTE, O., HUERTAS, R. (Eds.), *De la «edad de plata» al exilio. Construcción y «reconstrucción» de la psiquiatría española*, Madrid, Frenia, 2007, 412 pp. [ISBN: 987-84-612-0643-8]

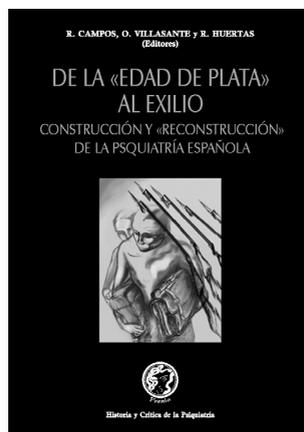
Prosiguiendo con la tarea de investigación, desarrollo y divulgación de la historia de la psiquiatría que inspiró al sello editorial Frenia desde su nacimiento, recoge ahora, en el volumen que reseñamos el conjunto de estudios que se presentaron en las VI Jornadas Nacionales de Historia de la Psiquiatría, celebradas en el Instituto de Historia del CSIC en octubre de 2006.

Para su presentación los trabajos han sido organizados en tres bloques según su relación cronológica con la contienda bélica como eje temático. En el primero se recogen los que centran su interés en la ‘psiquiatría republicana’ en el marco de la llamada ‘edad de plata’ de la cultura y la ciencia en España. ‘La psiquiatría en la guerra civil’ es el epígrafe que engloba los materiales recogidos en el segundo bloque, y en un tercer apartado dedicado a la psiquiatría del exilio se agrupan algunas investigaciones sobre los derroteros profesionales y peripecias biográficas de ilustres ‘perdedores’. Particularmente a propósito de este último ámbito historiográfico, los editores nos recuerdan que no se ha hecho más que iniciar un camino que se adivina largo y estimulante.

Habitados a aplicar enfoques críticos —no por obvios innecesarios— al estudio de la psiquiatría de ese tenebroso «tiempo de silencio», pareciera que el período de preguerra no admite miradas que junto a las luces no adivinen también algunas sombras. No se trata de contraponer un período de tinieblas a una etapa «feliz». Por lo mismo, en su trabajo *¿Psiquiatría para los ciudadanos o psiquiatría para la represión?*, Ricardo Campos parte de la evidencia que la República abrió la puerta a profundas reformas asistenciales que flexibilizaban la idea de que el enfermo mental debiera ser encerrado en un manicomio. Pero subraya que es la peligrosidad del enfermo mental la que sustenta el movimiento de higiene mental y la reforma psiquiátrica republicana hasta el punto de que ésta se focalizó en buena medida hacia la lucha contra la criminalidad.

En el volumen aparece también un nuevo trabajo de Mercedes del Cura sobre los comienzos de la intersección psiquiatría-pedagogía en España, uno de los aspectos que han ocupado sus estudios en los últimos años. Revisa las publicaciones de algunos psiquiatras en determinadas revistas del ámbito pedagógico aparecidas durante los años veinte y treinta, prestando atención a los discursos y procesos en un ejercicio que nos hace recordar algo que aún hoy parece olvidarse en algunos enfoques historiográficos: que la historia de la psiquiatría no es la historia de los psiquiatras. Es cierto que por lo mismo no resulta obvio decir que «también» es la historia de los psiquiatras o la historia del desarrollo de la actividad que aquellos profesionales desplegaron en todo lo concerniente a esa disciplina.

En algunos trabajos de este volumen descubriremos nombres que sin resultar inéditos para el historiador permanecían casi intactos en las fuentes. El estudio de Freddy Seidel sobre el psiquiatra



tarraconense exilado José Solanes Vilapreño constituye un buen ejemplo al respecto. Otros en cambio son revisitados por enésima vez y abordados desde un nuevo ángulo o profundizando en una vertiente menos conocida. Es el caso del estudio de M^a Consuelo Nistal sobre la faceta de Lafora como sexólogo. También el interesante ejercicio de contraposición de una figura más o menos ya familiar como es José María Villaverde a la de un nombre tan escasamente frecuentado como el de Isaac Puente. A propósito de una abierta discrepancia entre estos dos autores sobre el psicoanálisis, Antonio Rey y J. Vicente Martí Boscá enfrentan dos planteamientos personales que trascienden ampliamente lo profesional y manifiestan interesantes derivaciones doctrinales y político-ideológicas.

Entusiasta de la historia de la psiquiatría española y autor prolífico, Antonio Rey aporta además del artículo citado otros, como el que firma junto a Enrique Jordá y Tiburcio Angosto en el que revisan las intervenciones y el papel jugado por los psiquiatras españoles, tanto los representantes del régimen franquista como los del exilio, en el I Congreso Mundial de Psiquiatría celebrado en París en 1950.

Junto a Raquel Tierno y Paloma Vázquez de la Torre por un lado y en compañía de Ana Conseglieri en otro artículo, Olga Villasante continúa con sendos estudios desentrañando laboriosamente la historia del Manicomio Nacional de Leganés, tarea iniciada por ella hace algunos años con el rigor y la entrega que la caracterizan. Además, en este volumen, Villasante firma un estudio en el que analiza la producción científica —escasa, nos advierte— publicada en torno a la neurosis de guerra en la contienda civil española. La aportación se centra principalmente en la bibliografía que por razones obvias no logró difundirse en el franquismo, por lo que revisa textos de Mira, Sacristán y otros autores que ahora reconocemos de primera fila junto con la obra de alguno menos conocido como es el caso del brigadista de origen argentino Gregorio Bermann.

Aceptando y en lo posible salvando las dificultades para recopilar materiales referidos a esta época que permitan ilustrarnos sobre la atención psiquiátrica a la población no combatiente durante el período del enfrentamiento bélico, Rafael Huertas recoge algunos ejemplos que muestran la diversidad de registros que pueden encontrarse en una investigación que pretenda este objetivo. Nos recuerda por ejemplo que gracias a la información procedente de la Asociación para la recuperación de la memoria histórica han podido conocerse o al menos tener noticia de episodios como el del fusilamiento de la mayoría de los empleados del Hospital psiquiátrico de La Cadellada de Oviedo, fundado en 1934. Enfermos y personal habían sido previamente trasladados al monasterio de Valdediós ante el avance del ejército «nacional», encontrándose al menos los segundos con ese macabro destino ligado a su afiliación a sindicatos de izquierda o al Socorro Rojo. Una suerte bien diferente corrieron los enfermos ingresados en el manicomio modelo de Santa Isabel de Leganés, localidad que siempre estuvo bajo el control del ejército franquista. En el tema de la psicosis pelagrosa, ya estudiado en profundidad por Huertas junto a M. Isabel del Cura, encuentra el autor otro claro argumento para recorrer las vicisitudes clínico-asistenciales del enfermo mental durante el periodo referido. Finalmente recoge la experiencia de Wenceslao López Albo que pretendió poner en marcha en la provincia de Santander los principios fundamentales de la reforma psiquiátrica aprobada por el gobierno de la segunda República española.

Tenemos cada vez más clara la sospecha que en la psiquiatría del exilio existe un valioso filón de estudio al que resulta necesario conceder toda la importancia para potenciar su desarrollo. En esta tarea viene resultando encomiable la dedicación de la investigadora mejicana Cristina Sacristán. En el volumen que reseñamos aparece una versión ampliada del trabajo que presentó en las jornadas dedicado por un lado a Diosisio Nieto, sometido a un doble exilio según la autora, puesto que ya instalado en México fue una figura incómoda para la comunidad psiquiátrica mexicana en la que destacó como un organicista a ultranza y por lo tanto representó un papel claramente menoscabado en relación con Ramón de la Fuente. Este último no se consagró a la investigación como lo hizo Nieto pero profesó una decidida orientación psicoanalítica, completamente en boga, y desple-

gó una inmensa capacidad como forjador y dirigente de instituciones, estableciendo vínculos con medios académicos, societarios, editoriales y de gobierno.

Sobre los psiquiatras exiliados en la Argentina, Juan Carlos Stagnaro aporta un trabajo en el que reúne materiales diversos aunque conocidos en su mayoría con los que pretende ofrecer una visión de conjunto. El resultado es una aportación interesante pero centrada principalmente en determinados aspectos biográficos de tres figuras eximias de la medicina española que tuvieron una relación muy diferente con la psiquiatría del momento: protagonismo en el caso de Mira y López, ocasional en el polifacético Cuatrecasas y tal vez como tangencial podríamos calificar la de Pio del Rio-Hortega. Respecto del conocido papel del bilbaíno Angel Garma en la génesis y desarrollo de la Asociación Psicoanalítica Argentina, se ocupa Norberto Aldo Conti, que revisa ese momento fundacional e insiste en la importancia de recuperar la historia personal de Garma para comprender bien dicho proceso de institucionalización.

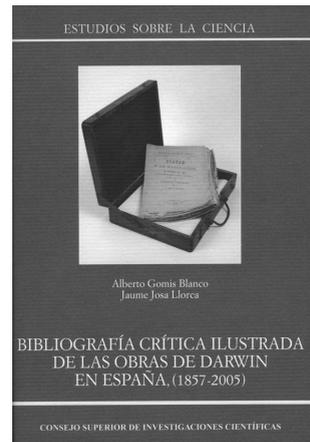
La brevedad de la reseña no excusa al menos una alusión a otros trabajos que sin duda enriquecen y dan brillo a esta obra colectiva. Del máximo interés resulta la lectura del realizado por J.Javier Plumed y Fernando Dualde sobre *Los tratamientos de la locura en la segunda república española*, o el extenso y apasionado estudio en el que Cándido Polo reconstruye *La psiquiatría en las brigadas internacionales*.

Antonio DIÉGUEZ

GOMIS BLANCO, Alberto y JOSA LLORCA, Jaume, *bibliografía crítica ilustrada de las obras de darwin en españa (1857-2005)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, «Estudios sobre la Ciencia», n. 42, 2007. 439 pp. [ISBN: 978-84-00-085179]

Nos aproximamos al 2009, año en que se celebrará el bicentenario del nacimiento de Charles Darwin y el 150 aniversario de la publicación de *On the Origin of Species*. En los ambientes culturales del mundo occidental, especialmente en los histórico-científicos y los relacionados con la Biología, desde hace años se lleva planificando y diseñando todo tipo de eventos, reuniones y exposiciones para conmemorar y difundir la obra y la figura del naturalista británico. Y en la actualidad esto adquiere aún más sentido ante la ofensiva de los poderosos grupos de presión formado por fundamentalistas religiosos y políticos, incluido sectores de la jerarquía de la iglesia católica, que cuestionan el conocimiento científico laico y rechazan la teoría de la evolución.

Por esto hay que felicitarse porque en nuestro país, en donde también está previsto realizar el año que viene exposiciones y publicaciones para recordar y reivindicar a Darwin, en el año 2003 se creara la SESBE (Sociedad Española de Biología Evolutiva). Su finalidad es la difusión de la teoría de la evolución, principalmente a través de la revista electrónica *eVOLUCIÓN*, cuyo primer número apareció en 2006 y en estos momentos, febrero de 2008, ya van por el cuarto. Por lo que respecta a nuestra comunidad de historiadores de la ciencia, en los últimos cuarenta años



han sido numerosos los trabajos en donde hemos abordado la recepción, crítica y extensión de la teoría de la evolución de Darwin en España, tanto a nivel estatal como en el de las comunidades que constituyen el entramado político. En el inicio de esta línea de trabajo se encuentra el trabajo de Thomas Glick publicado en esta misma revista en 1969 «La recepción del darwinismo en España en dimensión comparativa». En las décadas siguientes se publicaron, entre otros y además de *Darwin en España* (1982) del propio Glick, artículos, introducciones y libros de autores como Diego Núñez (1977), F. García Sarriá (1978), J. Sala Catalá (1981), J. C. Granados Cascos (1982), J. Cuello (1982), Jaume Josa (1982), Joaquín Fernández Pérez (1983) o Francisco Pelayo (1996,1999), en donde abordamos el debate darwinista en la comunidad científica y en la sociedad española. Pero además hay que hacer referencia, por un lado, a la edición de obras colectivas en la que una serie de especialistas contribuimos al estudio del darwinismo en España. En este apartado hay que incluir las comunicaciones presentadas en la sesión del II congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias celebrado en Jaca en 1982, publicadas bajo el epígrafe «Influencia del pensamiento de Darwin en España, Portugal y Latinoamérica», y las aportaciones recogidas en las obras *El darwinismo en España e Iberoamérica* (1999) y *Evolucionismo y Cultura. Darwinismo en Europa e Iberoamérica* (2002). Por otro lado, hay que añadir las publicaciones que han estudiado la recepción de las ideas darwinistas en comunidades como Cataluña, Galicia, Extremadura, Murcia, Andalucía y Valencia, así como las que han tratado la recepción del evolucionismo en el movimiento obrero socialista y anarquista. El conjunto de todos estos trabajos, y algunos más que me haya olvidado citar, permite disponer de una importante y sólida bibliografía sobre la expansión y crítica de la teoría darwinista en el estado español.

Pues bien, en el marco de la recepción de Darwin en España se ha publicado este libro que se reseña y que recoge una bibliografía crítica de las obras del naturalista británico publicadas en nuestro país. Los autores, Alberto Gomis y Jaume Josa, justifican su redacción ante la falta de una obra de estas características en el panorama editorial español y que sí existe en otros países de nuestro ámbito geográfico cercano, como Portugal e Italia. En la, a mi juicio, breve pero intensa y emotiva introducción, Gomis y Josa detallan los repertorios bibliográficos y bibliotecas consultadas, aportando el relevante dato negativo como es el de que en España sólo se han editado diez de los diecisiete libros, en veintiún volúmenes, publicados por Darwin. Es muy llamativo que un porcentaje importante de los libros de Darwin no se hayan editado nunca en nuestro país. De todas formas, parece que esta falta está empezando a subsanarse. Así, y como señalan en una nota los autores, el consorcio formado por Publicaciones del CSIC, la Academia de Ciencia de México y la editorial «Los Libros de la Catarata», han iniciado en 2006 la colección Biblioteca Darwiniana, con la publicación por primera vez en España de *La estructura y distribución de los arrecifes de coral*, que será continuada con la edición de nuevos libros inéditos de Darwin. Pero además, la editorial Laetoli dentro de su «Biblioteca Darwin», ha publicado *La fecundación de las orquídeas*, edición hasta ahora también inédita en España y también esta editorial tiene el proyecto de publicar todos los libros del autor de la teoría de la evolución.

El criterio de los autores a la hora de recopilar esta bibliografía, ha sido la de recoger todas las ediciones de las obras de Darwin, tanto libros como escritos del naturalista inglés aparecidos en obras colectivas, que se han publicado en España, independientemente del idioma que se haya utilizado. Como cabría esperar, casi la mitad de las ediciones, el 46'3%, corresponden a su obra *Origen de las especies*, seguida por el *Origen del hombre*, el 25'2%. Otro dato que indican es que 1909 y 1982, fechas que coinciden respectivamente con el primer centenario del nacimiento y muerte de Darwin, son los años en los que se detectan un aumento del número de ediciones. Por tanto, parece que las fechas conmemorativas siempre han sido una buena excusa para incrementar la famosa «industria Darwin».

En total el repertorio está formado por 201 completísimas fichas. En efecto, aunque la numeración de la última es la 199, la relación comienza por la ficha 0, que corresponde al capítulo de libro

«Geología», redactado por Darwin para el *Manual de investigaciones científicas*, cuyo editor responsable fue J. Herschel y, por otro lado, se ha añadido una ficha 51 bis.

Es una lástima que los autores no hayan realizado un análisis y una interpretación histórico-científica del importante volumen de información que presentan y comunican a los lectores en su repertorio. También lo es que no hayan recogido en su bibliografía los ya numerosos trabajos, algunos de los cuales he citado más arriba, que han sido publicados por historiadores de la ciencia sobre la obra de Darwin en España. En cambio, en la bibliografía aparecen reflejadas varias obras sobre la masonería y el catalanismo político. Su presencia se explica porque los autores quieren dejar constancia de la incautación de bibliotecas privadas en las que figuraban las obras de Darwin pertenecientes a diferentes colectivos anarquistas, socialistas, masones, etc.

El repertorio posee herramientas de búsqueda útiles, como son el índice de editoriales y el completísimo de prologuistas, traductores, editores e ilustradores, que incluye una pequeña nota biográfica de cada uno.

Por último, quisiera destacar la reivindicación y el cariño, que yo también comparto, hacia la figura de Odón de Buen y del Cos, republicano, masón y laico, al que los autores han dedicado un homenaje en la última página como pionero defensor de las ideas darwinistas en España.

La edición del libro ha sido exquisitamente cuidada por Publicaciones del CSIC, que ha realizado un importante esfuerzo editorial como se desprende del número y calidad de ilustraciones que acompañan al catálogo.

Vaya por último mi felicitación por este excelente libro a los autores, Alberto Gomis y Jaume Josa, que han dedicado su obra a los libreros de viejo y a todos los que han faenado por las obras de Darwin.

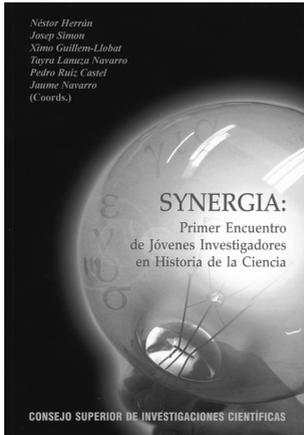
Francisco PELAYO

HERRÁN, Néstor, SIMON, Josep, GUILLEM-LLOBAT, Ximo, Tayra Lanuza Navarro, Pedro Ruiz Castel y Jaume Navarro (Coords.), *Synergia: Primer Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia de la Ciencia*, Madrid: CSIC, 2007, 447 pp. [ISBN: 978-84-00-08578-0]

El libro recoge algunas de las aportaciones que los organizadores han considerado más destacadas de entre las presentadas al Primer Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia de la Ciencia, celebrado en Valencia en noviembre de 2005. Fue ésta una iniciativa patrocinada por distintas instituciones que buscaba, según dice el Prefacio, el triple objetivo de establecer canales de comunicación entre estudiantes de historia de la ciencia y de la técnica en el ámbito hispano-portugués, tratar el problema de la «desigual y heterogénea» situación de la disciplina en los niveles de formación e iniciación a la investigación y abordar los «difíciles» problemas de profesionalización. Todos sabemos que la situación de la historia de la ciencia no es precisamente la mejor de las posibles, y que esto repercute en el número de estudiantes y aún más en el de jóvenes investigadores en la disciplina. Por ello hay que felicitar a los organizadores por haber hecho posible el encuentro y a los participantes por haber puesto su ilusión en una disciplina que, cuanto menos en sí misma, de seguro no les defraudará.

Los resultados se reflejan en esta recopilación, en otra que está a punto de aparecer —o ha aparecido ya— en inglés y que contiene aportaciones a los debates historiográficos actuales, y en la continuidad —bianual— de los mismos Encuentros. La recopilación, que como es habitual en obras

de este tipo recoge una gama muy variada de aportaciones, se divide en seis apartados. El primero, titulado «Circulación y divulgación del conocimiento científico», recoge tres aportaciones: la de P. Ruiz Castell sobre el turismo y el comercio establecidos en torno a los eclipses de Sol en España a principios del s. XX, la de J. Simon Castel sobre la difusión de dos manuales de física publicados en París a mediados del s. XIX y la de M. Blanco Abellán, quien realiza una comparación de las diversas obras sobre cálculo infinitesimal publicadas en el s. XVIII desde la perspectiva de los contextos nacionales.



El segundo apartado lleva por título «Ciencias de la vida política» y consta de tres contribuciones. La primera, de M. González-Silva, estudia a través de las páginas de *El País* cómo la resolución del genoma humano influyó en las discusiones sobre genómica en España; D. Nofre se ocupa de la difusión de la frenología en Cataluña a mediados del s. XIX; y V. Guillin indaga en los conocimientos de J. Stuart Mill dentro del área de la biología.

El tercer apartado se dedica a «La institucionalización de la ciencia» y recoge cuatro contribuciones. La primera, de N. Herrán, aborda las primeras investigaciones sobre radiactividad en España; la segunda, de J. Lossio, los estudios patológicos sobre la exposición a gran altitud en la primera mitad del s. XX; la tercera, de R. García, estudia la institucionalización de la biología en Guadalajara (México) dentro del contexto centro-periferia; finalmente, X. Mañes estudia desde una perspectiva sociológica el desarrollo de la determinación de estructuras cristalinas en España entre 1940 y 1955.

La cuarta sección se rotula «Tecnociencia y sociedad» y asimismo consta de cuatro aportaciones. La primera, de X. Guillem-Llobat, aborda la cuestión del control de la calidad de los alimentos en Valencia entre 1850 y 1939; la segunda, de W. Zaidi, presenta las propuestas para la formación de una fuerza internacional aérea en el período de entreguerras como muestra de la existencia de un internacionalismo tecnológico junto al ya conocido internacionalismo científico; la tercera estudia las causas del atraso de la importación de la tecnología de la computación en Bélgica entre 1940 y 1960 y J. M. Suay Belenguer, cierra la sección abordando los estudios científicos sobre la popular cometa desde mediados del s. XVIII.

Sigue otra sección titulada «Entre la astronomía y la filosofía natural», de nuevo con cuatro estudios. T. M. C. Lanuza Navarro estudia los pronósticos astrológicos españoles de mediados del s. XVII y su influencia sobre la explicación de la historia; P. J. Boner indaga en el pensamiento de Kepler acerca del alma; B. Almeida aborda al conocido cosmógrafo P. Nunes desde la perspectiva de la transmisión del conocimiento científico y S. Doble Gutiérrez estudia las ideas presentadas por W. Gilbert en su *De magnete* acerca del fenómeno de la declinación magnética.

La última sección se titula «Los problemas de las ciencias exactas» y contiene otros cuatro estudios. D. Cozzoli se ocupa de la cuestión de la naturaleza de la luz en los comentarios de los jesuitas a Aristóteles; L. Bujalance Fernández-Quero aborda la analogía del flujo en el contexto de la teoría electromagnética de Maxwell; B. Mota aborda las discusiones sobre la certidumbre de las demostraciones matemáticas en el contexto de las relaciones entre Roma y Lisboa en el s. XVII y P. Graziani se ocupa de la lógica del antiguo método de análisis y síntesis.

La variedad de los temas abordados en estas seis secciones manifiesta la diversidad de las líneas de investigación que se están siguiendo dentro de este joven sector de la historia de la ciencia, y tal diversidad habla en favor de un saludable estado de la disciplina en lo que a estos aspectos se refiere. La recopilación muestra que lo que se necesita no es formación, sino una mayor presencia

de la disciplina en los planes de estudio y los adecuados fondos para sustentar tanto ésta como las investigaciones en el área.

Manuel SELLÉS

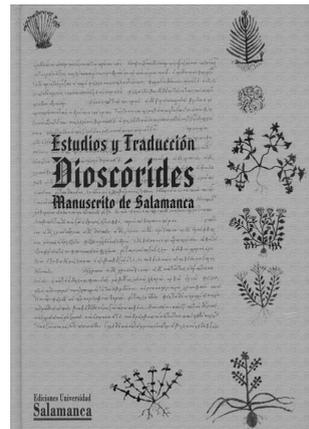
DIOSCÓRIDES, *Sobre los remedios medicinales. Estudios y traducción. Manuscrito de Salamanca*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2006, 497 pp. [ISBN: 84-7800-459-9]

GONZÁLEZ BUENO, Antonio, *Un Dioscórides para el profano. Atribución, significado y utilidad de un herbario renacentista castellano: El Libro de las Yervas de Juan de Jarava*, Burgos, Colegio Oficial de Farmacéuticos de Burgos, Siloé arte y bibliofilia, 2006, 389 pp. [ISBN: 84-96135-17-9]

Siempre se marca la diferencia entre el mundo griego y el romano, juvenil y lúdico el uno, adulto y guerrero el segundo. Se discute al mundo romano su capacidad para la nueva invención científica y para la gran creación artística. Pero lo que sin duda tuvo el mundo romano es la habilidad de asimilar todas las herencias anteriores, poniendo en pie grandes construcciones científicas que pudieron ser aplicadas y heredadas. El período que sigue al final del mundo clásico griego, es muy rico para la historia de la ciencia. Tras brillantes épocas de filosofía, la época nueva se caracteriza por un gran interés por los estudios de la naturaleza. Surgen así las grandes obras científicas de Ptolomeo y Galeno, que renovarán el saber y tendrán un largo recorrido de futuro, como principales textos para la enseñanza de la ciencia hasta el mundo moderno. La tecnología romana fue de gran calidad y, entre ella, la medicina.

Dioscórides escribe su tratado sobre plantas medicinales en la primera centuria tras Cristo, recopilando una amplia información tanto griega como oriental sobre la farmacia clásica. Médico militar del imperio, recorre Europa —llegando tal vez a España— estudiando las plantas, animales y minerales que pudieran tener una aplicación medicinal, o un peligro tóxico. Sus novedades se añaden al viejo repertorio oriental, egipcio y griego, formando un texto de gran valor farmacológico. Su obra es muy admirada, así es copiada con veneración en Bizancio. A partir de siglo IV en Siria y Persia surge una notable confluencia de culturas, que se muestra en las traducciones al siríaco hablado por la población aramea. Algunas sectas cristianas se marchan al exilio por las luchas cristológicas en el imperio romano de oriente; así los nestorianos salen de Edessa hacia 450 a Gundisapur, en el imperio persa de los Sasánidas, ciudad con una excelente escuela médica, tanto en teoría como en práctica, dotada ésta con buenos hospitales.

La invasión árabe supone duras peleas con el imperio, pero en su seno se practica una amplia tolerancia con pueblos y culturas. Así pronto, con la dinastía Omeya (661-750) muchos sabios van de Gundisapur a Damasco y a Bagdad. La dinastía Abasí (750-c. 900) triunfa y se mantiene con



apoyo en los persas, que tienen gran influjo en administración y cultura. Se alcanza una época dorada de traducciones del griego al siríaco y de éste al árabe. Es un gran protector del saber el califa al-Mansur, fundador de Bagdad, así como personajes de su corte, en especial su ministro y astrónomo, los hijos de éste conocidos como los Banu Musa ampararon la cultura y la ciencia. Este amplio saber encuentra su apogeo con el séptimo califa llamado al-Mamún, quien para enriquecer su biblioteca real, la Casa de la Sabiduría, emprende relaciones culturales con el emperador bizantino.

El más notable traductor de la época es Hunain ibn Ishaq al-Abadi, nacido a principios del siglo IX. Es hijo de un farmacéutico nestoriano, aprende tarde el árabe, sigue clases en Gundisapur con Mesué Maior, entrando luego en Bagdad al servicio de los Banu Musa. Más tarde sigue en el servicio de al-Mamún, siendo director de la Casa de la Sabiduría. Sus amplios conocimientos médicos le permiten la traducción de Galeno, al siríaco y al árabe. Se preocupó mucho por la difícil versión que los términos científicos suponían. Es personaje esencial en la traducción de Dioscórides, pues es quien lo introduce en el mundo árabe. Así revisa la versión en árabe del año 861 de Istifan b. Basil, un griego que colabora con él. Pudo también hacer alguna traducción al siríaco, pero es quien revisa la del discípulo y es esencial en la traducción de los vocablos científicos, si bien muchos no fueron ni traducidos ni identificados, tan solo transcritos.



Según Juan Vernet, si bien hay dos traducciones parciales al latín en Toledo, Dioscórides se conoce a través de al-Andalus. En traducción por este eminente historiador de la ciencia árabe del médico e historiador Ibn-Chulchul: «Las palabras griegas que Esteban conocía en árabe las tradujo, pero aquellas que no sabía las transcribió en su forma griega, dejando en manos de Dios el que más tarde hiciera que encontraran a alguien que las supiera y pudiera traducirlas al árabe, ya que los nombres de los medicamentos se deben a una convención de las gentes de un mismo país que son quienes los conocen y les dan nombre, bien por derivación bien por un acuerdo tácito. Esteban dejó la sinonimia para quienes conocieran las drogas que él desconocía pues

así recibirían los nombres que les convinieran desde el instante en que fueran reconocidas». Según la misma fuente se conoce en al-Andalus esta traducción de Dioscórides y se hacen nuevas, pues la obra tiene también mucha influencia en medicina árabe, así en el Canon de Avicena. Se transmite de diversas formas, más o menos completo, en resúmenes, comentarios o influencias. También en 946 el emperador Constantino VII ofrece un códice ilustrado que envía con el monje Nicolás a Abderramán III —protector del saber, seguido por al-Hakam II—, quien añade la ayuda de médicos judíos y árabes, incluso el mismo autor que estamos siguiendo. El emperador afirma que se necesitan conocedores del griego y de las drogas. Se emplearán nombres en todas las lenguas al uso, griego, latín, árabe, dialecto andalusí, beréber, romance... Ibn-Chulchul escribirá un tratado sobre los nombres de los medicamentos tomados de Dioscórides... incluye persa, siríaco, hindú. En fin, hay que recordar lo que esta tradición y sus manuscritos debe al trabajo de C. E. Dubler y E. Terés.

En la edad media se latiniza, corrompiéndose la transmisión, se amplía o recorta, añadiendo de otros autores, presentando múltiples vulgarismos, arabismos y helenismos. Pero es un texto muy utilizado, habiendo una tradición monástica, como el de Monte Casino con el Dioscórides Longobardo que es la primera traducción completa. También la salernitana o universitaria alfabética, así el Dioscórides vulgaris. Ésta se imprime por vez primera en Italia en 1478 con glosas de Pedro de Abano. Para entonces ha caído Constantinopla y muchos manuscritos nuevos llegan a occidente, que se unen a los existentes en conventos, monasterios, catedrales, palacios o universidades. Al mismo tiempo la crítica filológica de los humanistas exige lecturas adecuadas y comprobadas de los

diversos manuscritos, entrando nuestro libro por tanto en una época de resurrección. Se quiere encontrar códices y manuscritos, someterlos al estudio filológico, médico y botánico. Asimismo se anhela recuperar la belleza de las lenguas clásicas. A veces el dictado de la lengua o de la realidad hacía que se reescribiesen líneas en las nuevas ediciones, tal como señaló Carmen Codoñer para las ediciones de Plinio en un reciente coloquio en la Universidad Carlos III de Madrid, organizado por los Institutos Lucio Anneo Séneca y Antonio de Nebrija.

En el renacimiento se conocerán nuevas copias griegas y se quiere la pureza del texto, haciendo ediciones cuidadas en la lengua clásica, así como en las modernas, pues el interés de la obra hace que también se traslade a las nuevas. Se señalan aquí las principales, insistiendo en la de Pietro Andrea Mattioli y su influjo en Laguna. Era un texto muy útil para médicos, boticarios y cirujanos, pero también era atractivo para el público en general, así está citado en grandes escritores. Entre nosotros es Andrés Laguna quien hace la traducción al castellano, llegando a una calidad extraordinaria como humanista. Su recorrido por universidades europeas lo mueve a interesarse por las lenguas clásicas y nuevas, pero también se apasiona por las novedades científicas. Herboriza, consigue herbarios, entra en contacto con personas sabias, colecciona manuscritos y ediciones. También la experiencia lo mueve, pues añade información y comentarios desde sus conocimientos botánicos y clínicos. Además de su labor a la cabecera de los enfermos, llega a experimentar en sí mismo cuando un amigo lo convence para probar el veneno de las víboras, que encuentra de sabor agradable, y, por fortuna, no le afectó, sin duda, por no tener heridas abiertas. Hace una cuidada edición, inspirándose en Mattioli, cuidando el castellano, poniendo nombres en varias lenguas, preocupado por las medidas, esenciales en la historia de la farmacia. También por las lecturas adecuadas de los textos clásicos, que en caso de duda coloca en griego en el margen.

Por la misma época, en Amberes en 1557, se publica un interesante libro medicinal por Juan de Jarava, titulado *Historia de las yerbas, y plantas, con los nombres Griegos, Latinos, y Españoles*. Se trataría de una traducción del francés de la obra de Leonhart Fuchs, profesor universitario, cercano al movimiento reformador y a la medicina moderna. Se interesa por tanto por la anatomía y la botánica, se estudian plantas al natural, que se hacen grabar y se incluyen las figuras. Estos grabados fueron muy utilizados en estas distintas ediciones farmacológicas de la época. José María López Piñero y María Luz López Terrada han aportado magníficas páginas al estudio de esta difusión de Leonhart Fuchs —sus plantas e imágenes— entre las ediciones españolas. Muestra bien esta obra el interés que para los especialistas, pero también para el público en general tienen este tipo de libros. Permiten reconocer las propiedades de muchas plantas y eran muy útiles en medicina y farmacia. Antonio González Bueno ha hecho aquí el estudio para su edición. En su trabajo, primero discute la autoría entre Francisco de Enzinas y Juan de Jarava, luego nos presenta a Fuchs. En fin, nos introduce en el léxico botánico de la traducción y en la influencia del inevitable Dioscórides. Una necesaria guía de lectura nos facilita la lectura de textos e imágenes, así como una comprensión del contexto clásico y popular en que se consideran esas plantas. Una interesante tabla de correlaciones entre Jarava y la edición de Laguna, y una rica bibliografía completan esta notable aportación. Muestra bien la rica tradición en historia botánica y farmacológica de la Universidad Complutense de Madrid.

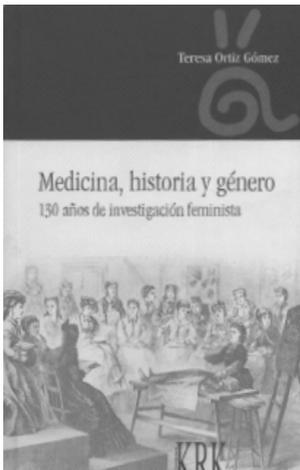
Las bibliotecas españolas contenían magníficos manuscritos, así la de la Universidad de Salamanca los textos procedentes de San Bartolomé, que han interesado a T. Martínez Manzano. Se traduce ahora el texto salmantino *Salm.* 2659 de Dioscórides, con una cuidada edición y estudios. La traducción ha corrido a cargo de Antonio López Eire y Francisco Cortés Gabaudan, los estudios de Bertha M. Gutiérrez Rodilla, Gregorio Hinojo Andrés y M^a. Concepción Vázquez de Benito. El prólogo de Alejandro Esteller.

El texto pertenece a la familia no alfabetizada. El primer libro contiene aromas, aceites, perfumes, árboles, licores, lágrimas y frutos que de ellos proceden; el segundo los animales, cereales, hortalizas y hierbas; el tercero raíces y sus jugos, hierbas y semillas; el cuarto completa hierbas y

raíces; el quinto y último la vid y el vino y los minerales. El sexto se ocupa de venenos, el séptimo de animales venenosos y el perro rabioso. Al fin un pequeño tratado de plantas medicinales al parecer tardío y de difícil atribución. La edición incluye listado de remedios y venenos en orden alfabético castellano, lista del nombre científico de plantas y animales, índices de lugares y personas. Para estos ricos complementos y para la difícil edición no han trabajado tan solo filólogos y médicos, como sucedía en los tiempos del humanismo renacentista. Han colaborado científicos especialistas en geología (Ángel Corrochano e Ildefonso Armenteros Armenteros), botánica (Florentino Navarro Andrés, Enrique Rico Hernández, José Sánchez Sánchez y Cipriano Valle Gutiérrez) y farmacognosia (Luis San Román del Barrio, M^a. Luisa Martín Calvo y Concepción Morán Benito). Es una muestra más de la alta calidad de la Universidad salmantina en el estudio de las lenguas clásicas, como ha mostrado a lo largo de toda su tradición.

José Luis PESET

ORTIZ GÓMEZ, Teresa. *Medicina, historia y género. 130 años de investigación feminista*, Oviedo, KRK ediciones, 2006, 362 pp. [ISBN: 84-96476-52-9]



Cuenta Carmen Simón Palmer en su excelente y exhaustivo estudio bio-bibliográfico sobre las escritoras españolas del siglo XIX (ed. Castalia, 1991), que cuando, por influencia de su padre, el maestro de bibliógrafos José Simón Díaz autor de la monumental *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, inicia sus pesquisas bibliográficas, la ausencia de datos sobre mujeres escritoras (no solo *literatas*), era dramática. No parecían haber dejado el menor rastro o las noticias eran escasísimas en los tratados históricos y en los repertorios bibliográficos y los prologuistas de las obras lo que menos hacían era hablar de los contenidos de la obra en sí mismos, limitándose a realizar un amable retrato físico de la escritora a la que alababan su distinción *inglesa* o su mirada inteligente. Esta situación contrastaba con la de otros países como Francia, donde ya en 1880 había aparecido un censo de escritoras contemporáneas. La introducción del libro de Carmen Simón, termina haciendo una llamada a la necesidad de seguir trabajando y aumentar la visibilidad de la actividad de las mujeres en la historia. Salvando las distancias, Teresa Ortiz, *muta mutandis*, no solo parece recoger este reto, sino que amplía sus perspectivas.

A la autora de la monografía que reseñamos, hay que atribuirle el mérito de haber contribuido de forma temprana y en un momento en el que las líneas de investigación sobre historia, género y medicina en España prácticamente no existían, a abrir un campo cuyo interés y potencialidad nadie discute ahora mismo. Los trabajos de las historiadoras de la medicina y la salud Montserrat Cabré, Consuelo Miqueo, María José Ruiz Somavilla, Isabel Jiménez Lucena, entre otras y otros, añaden evidencia a esta afirmación. Antes, Carmen Alvarez Ricart había realizado con JM.López Piñero una interesantísima tesis doctoral de tema absolutamente novedoso en la historiografía médica española de aquellos momentos. Dos artículos publicados en *Asclepio* (*Asclepio* 21, 1969; 49-54; 43-48), ofrecieron los primeros resultados de su investigación pero su trabajo más completo, edita-

do casi veinte años más tarde como monografía (Akal, 1988), no tuvo continuidad (aunque no faltaron incursiones como las de Elvira Arquiola en Huarte de San Juan o Rosa Moreno en los escritos galénicos) hasta ser, de algún modo «redescubierto» en los últimos años, entre otras investigadoras, por la propia autora del libro que estamos comentando.

La tarea heurística, laboriosa y a menudo tediosa, de localización de fuentes y bibliografía secundaria sobre el amplísimo paraguas que engloba esta parcela del conocimiento histórico, ha sido, desde los inicios de la actividad profesional de la autora, una constante. Y no nos referimos únicamente a las publicaciones de Teresa Ortiz sobre fondos bibliográficos sobre mujeres y ciencia en las distintas bibliotecas de la universidad de Granada o su papel como directora de la base de datos BALBEM 92-95 (que recogía, como es bien sabido, información sistemática de actividades académicas de estudios sobre mujeres, género y feminismo), sino al hecho de que sus publicaciones muestran un sólido armazón bibliográfico que sitúa perfectamente el tema objeto de estudio en el marco teórico del que se trate, de una forma actualizada y rigurosa. La ya dilatada trayectoria de la autora en este campo ha dado lugar, no solo a un actividad muy dinámica en grupos de trabajo que ha liderado, sino también a que salieran a la luz publicaciones que son puntos de referencia obligado, por ejemplo, en lo tocante a mujeres e historia de las profesiones sanitarias.

Era necesaria esta introducción para entender el significado y la importancia de *Medicina, historia y género. 130 años de investigación feminista*. El libro, de cuidada edición, se divide en tres partes que muestran otras tantas facetas de este tema tan poliédrico. Se inicia la primera parte con un abordaje sobre el contexto español de los estudios de las mujeres y de género y una puesta al día, muy útil sobre una serie de conceptos que, lamentablemente, se usan a menudo de forma muy superficial y plana como género, relaciones de género, sexismo y androcentrismo. Todavía de mayor calado es la puesta al día que Ortiz realiza del concepto de «cuerpo» en este tipo de estudios y de la polisemia que contienen los usos de dicha corporeidad. El artículo de M. Cabré y F. Salmón (*Dynamis*, 19, 1999; 55-78) sobre la aplicación a un caso práctico, del concepto de poder, frente al concepto de autoridad, junto a otros textos procedentes de la literatura anglosajona (Keller) o italiana (L. Muraro), que realizan una relectura, desde el feminismo, de los escritos de Hanna Arendt, le sirven a Ortiz como ejes de referencia para plantear este asunto con el que se cierra la primera parte del libro.

Una de las aportaciones más singulares del volumen es haber conseguido, con éxito, reconstruir el rompecabezas con piezas distintas— y a veces distantes— procedentes de la historiografía de la medicina, las mujeres y la salud. De hecho, la segunda parte de la monografía es una reflexión original de las relaciones e interacciones (la autora las rotula como «conexiones transdisciplinares») entre medicina, historia de la medicina e historia de las mujeres a partir de las últimas décadas del siglo XIX, momento que coincide tanto con la cristalización de los procesos de institucionalización de las dos últimas disciplinas, como por el interés social creciente sobre la producción científica de las mujeres. Las tres etapas en las se desarrollaría el proceso irían desde este periodo inicial al actual proceso de integración de la historia de las mujeres en la historia que se iniciaría en la década de 1990. El ámbito de estudio es internacional, aunque la producción española tiene un relieve especial.

Interdisciplinaridad, pluralismo y diversidad son otros términos utilizados por la autora en el proceso de identificación del perfil característico de las tendencias actuales en investigación sobre historia de la medicina y género, que constituye el cuerpo de la tercera parte del libro, junto a una serie de propuestas didácticas para la tarea de «enseñar y divulgar una historia no androcéntrica de la medicina». También en este campo, puede aplicarse lo que de forma tan aguda comenta Elena Hernández Sandoica en su importante obra sobre tendencias actuales de la historiografía (Akal, 2004): que hay muchos modos posibles de hacer historia y que en los acercamientos historiográficos, vistos en perspectiva, hay encuentros y desencuentros, así como préstamos teóricos y metodológicos de raíz epistémica muy diversa.

En definitiva, esta aportación de Teresa Ortiz es una valiosa guía, una obra de referencia para introducirse en los estudios sobre historia de la medicina y género por su cuidada y muy bien selec-

cionada bibliografía y, sobre todo, por la puesta al día, con una claridad expositiva digna de encomio, de un campo tan fértil, interesante y lleno de futuro.

Rosa BALLESTER

ROIG, Jaume. *Espill*. A cura de Antònia Carré, Barcelona, Quaderns Crema, 2006, 891 pp. [ISBN: 84-7727-009-0]



Se trata de la edición crítica realizada por Antònia Carré, a partir de un manuscrito único de la obra, que se conserva en la Biblioteca Vaticana de Roma; de una de las obras más emblemática de la literatura catalana del siglo XV. Aunque teniendo en cuenta las ediciones anteriores de Roc Chabàs (1905) y de Ramón Miquel i Planas (1929-1950), la edición actual presenta cambios importantes como la eliminación de fragmentos que proceden de la primera edición impresa hecha en València en 1531, pero que no aparecen en el manuscrito; así como la adopción de las normas ortográficas fabrianas en la transcripción del texto y el sistema de acentuación siguiendo la fonética occidental, que fue la propia de Jaume Roig y su público inmediato.

Podría parecer poco pertinente el reseñar la edición de una obra de estas características en una revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia, pero desde los clásicos estudios de Agustín Albarraçin (las ideas médicas en la obra de Lope de Vega), la literatura de creación se ha revelado como una fuente insospechada de lo que hoy llamamos proceso de «medicalización». Nosotros lo hemos podido comprobar en una de las obras cumbre de la literatura árabe, *Las mil y una noche*, en donde los elementos médicos son fundamentales para la interpretación correcta de muchos pasajes ya que la medicina forma parte, junto la geometría, la astronomía y la música de la buena educación. Es más, el concepto de «al-hakim» (el sabio, el maestro, el filósofo) se acuñó totalmente en el médico (*Sharq Al-Andalus*, núms. 10-11, Anales de la Universidad de Alicante, 1993-1994). No puede extrañarnos que este mismo proceso adquiriera una importancia singular durante el reinado de Jaume II con el gran prestigio de la medicina escolástica y que conocimientos básicos de la medicina salieran del coto de los especialistas, gracias a su divulgación en lenguas vulgares¹, y formaran parte de la cultura de una minoría que había obtenido también un importante bagaje teológico y se había familiarizado con un saber jurídico elemental. La medicina se convirtió en un agente cultural de primer orden que dejará su huella en terrenos tan diversos como la predicación o la literatura: ejemplos brillantes del primero fueron los sermones de san Vicent Ferrer; y del segundo no

¹ «Atès que me'n sento empatxat, hauré d'ordir aquest retall curt, flac i fallit del meu parlament a fil per puà. La seva forja, el seu estil i la seva cadència serà en llengua romànica, en noves rimades mesurades sense finesa que tindrán el sentir de la comèdia, l'aforisme i la facècia i que estaran teixides amb tota senzillesa seguint la llengua i el parlar popular de la gent de Paterna, de Torrent i de Soterna» (P-IV).

solo *L'Espill* sino el canto XXV del Purgatorio de la *Divina Comedia* de Dante, entre otros. Pero en este caso concreto, el interés se fundamenta en que es un médico el autor de la obra y por tanto el proceso es el inverso: desde la medicina como se interpretan ciertos valores sociales y como esta visión refluje en la sociedad². En los momentos actuales, sobre todo desde la década de los setenta del pasado siglo, en que los aspectos de bioética han tomado un cuerpo insospechado, estamos viendo como se manipulan hechos y valores del mundo médico para justificar ideologías y creencias que han dado lugar a distintas éticas heterónomas. En el caso de *L'Espill*, es evidente la utilización del saber médico para avalar actitudes misóginas procedentes de una larga tradición. Solo por esto, sin entrar en el maravilloso placer de la lectura de un texto de unos valores literarios e históricos notables, vale la pena el dejar constancia de su publicación.

Sabemos que la familia de Jaume Roig, procedía de Mataró y que, cuando se instaló en la ciudad de València, se relacionó inmediatamente con el poder municipal. Su bisabuelo Salvador Roig, fue «jurat» de la ciudad en torno a 1320. Su abuelo, Pere Roig, además de notario ejerció varios cargos públicos; al igual que su padre Jaume Roig «el vell», que fue médico, doctor en leyes, «conseller» de la ciudad y examinador de médicos durante varios años. Jaume Roig «lo Jove», nació en València a principios del siglo XV y murió de un ataque de apoplejía el 5 de abril de 1478. Estudió en alguna universidad que no sabemos. No pudo ser la de Lleida porque hasta 1428, estuvo prohibido el acceso a estudiantes valencianos. Fue médico de reyes entre 1446 y 1469 y también fue notable su relación con el poder municipal. Estuvo casado con Isabel Pellicer y tuvieron tres varones y tres mujeres, de los cuales el mayor y las dos hembras más jóvenes profesaron en religión. Su patrimonio económico fue importante, al igual que su prestigio profesional.

El tema de la inferioridad de las mujeres, cuando no su maldad «natural» era un gran debate en aquellos momentos. El alegato de san Jerónimo contra las mujeres y la inferioridad del matrimonio, en el *Adversus Jovinianum*, tuvo una gran influencia. La literatura de carácter moral, como el *Liber lamentationum Matheoludi*, escrita en torno a 1295 por Mateo de Bologna, una de las fuentes de *L'Espill*, acaba justificando el matrimonio porque el propio Dios reconoce que es el purgatorio para el hombre que le prepara para su entrada en el cielo. Ese debate culmina en el siglo XV, pero Roig,

² La inferioridad de las mujeres con respecto al hombre, vendrá avalada por la civilización griega, la tradición judeocristiana y musulmana. Estas culturas tiene una visión similar de la mujer como ser supeditado al hombre porque su creación ha sido secundaria y además es responsable del pecado. En la mitología griega, la culpa recae sobre Pandora, Eva es la culpable de la expulsión del Paraíso en la cultura judeocristiana y árabe. La una y la otra, en fin, son responsables de todos los males. A partir de aquí se elabora una doctrina del «orden natural» totalmente coincidente con el teológico desde el siglo XIII, que fácilmente puede fundamentarse con los supuestos de la medicina clásica. Por ejemplo, el galenismo árabe al hablar de los cuatro temperamentos considera que la mujer es menos perfecta que el hombre porque es de naturaleza fría y seca y pertenece al temperamento melancólico que es el peor de todos. El sanguíneo, en cambio, donde predomina el calor y la humedad, es el mejor de los cuatro y se considera el propio de la naturaleza del hombre. La contribución de Aristóteles a esta visión, fue decisiva, considerando su influencia en el galenismo: para el filósofo griego la hembra es un hombre incompleto, y así podemos leer en el *Canon* de Avicena, que las mujeres poseen dos testículos como el hombre pero de menor tamaño y ocultos. El cuerpo de las mujeres solo adquiere su sentido en la maternidad y en función de esta las mujeres pueden mantener su propia complejión humoral equilibrada. En los textos médicos no se describen sus órganos reproductivos, solo el útero. En la primera mitad del siglo XIV, por ejemplo, en la *Chirurgiae* de Henri de Mondeville, se habla del clítoris para indicar que es un órgano que sirve para alterar el aire que penetra dentro de la matriz, como la úvula la hace con el aire que entra por la boca.

que quiere participar en él, sabe que no puede aportar nada nuevo³. La única forma de intervenir en el debate no puede estar en la argumentación, sino en el estilo, en la virulencia de la comicidad de la obra, de la ambigüedad y del doble sentido: ir del brazo con la herejía para provocar la carcajada abierta o una sonrisa de complicidad.

L'*Espill* se vincula directamente a la predicación. La técnica de las *artes predicandi*, que presenta una estructura lógica y compleja desde el siglo XIII, articula, en este caso, todo el relato: la Consulta (C) acaba en un tema que sintetiza el discurso ideológico que Jaume Roig desarrolla inmediatamente y que ya se apuntó en el poema introductorio. Como cualquier sermón pronunciado desde el púlpito, el tema sirve de introducción al discurso del predicador, es el fundamento y está ligado a la materia principal que en este caso es la crítica a la mujer genérica y la alabanza de la Virgen⁴, utilizando en la *dilatatio* los dos grandes procedimientos de desarrollo: los *exempla* (libros primero, I; segundo, II y cuarto, IV) y la *authoritas* (libro tercero, III). Especial interés tendrán los primeros, ya que Roig escribe convencido de que el público, solo entenderá el mensaje si se le presenta la materia tratada de forma comprensible por todos, vadeando sutilezas conceptuales.

En la obra, Jaume Roig, no esconde en ningún momento su condición de médico en la línea del escolasticismo. Por otra parte es evidente por la abundancia de enfermedades y medicamentos que desfilan a lo largo de l'*Espill*, por la referencia a regímenes alimentarios basados en la doctrina de las cualidades (II-IV, 2) y por la referencia a casos que el autor debió experimentar personalmente (II-II,3); así como por el rechazo de medicinas alternativas (II-II,4; II-III,2: II-II,3).

En resumen esta edición de l'*Espill*, es una verdadera delicia que nos permite entender adecuadamente todo un mundo intelectual verdaderamente complejo y de qué manera la medicina y los médicos tomaron parte en su constitución. El trabajo de Antònia Carré no sólo es excelente sino decisivo. El haber incluido una traducción catalana en prosa, siguiendo las pautas marcadas por la traducción castellana de Miquel i Planas (1936-1942), es un acierto para facilitar la lectura del texto original. La responsable de la edición ha puesto a prueba no solo su preparación técnica, sino

³ «En la actualitat, fill meu plaent Balasar Bou, no hi ha res de nou, sino que tot es vell» (IV-IV, 2).

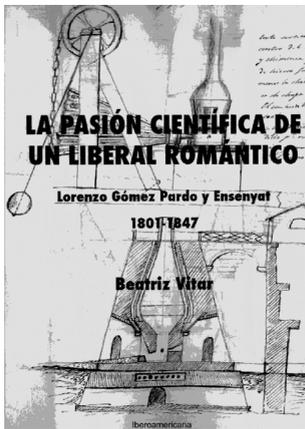
⁴ Roig solo salva de la tendencia «natural» a la perversidad a tres mujeres: la Virgen, su madre y su esposa. Lo ilógico de la excepción es que aplicando todos los hombres el mismo rasero habría motivos suficientes para dudar de la tesis que defiende: «Per no deixar-les irades, avalotades contra mi del tot, vull dir un mot per al seu confort. He resseguit tot el seu jardí, ple d'espines i de cards, i l'he ben examinat durant tota ma vida. En la seva multitud dels arbres vius he vist molts nius de verdelers i d'oriols, i també molts vespers. He ben recorregut tots els seus vergers i només hi he trobat un virtuós arbre fruiter, únic i singular, distingit de virtuts, ben empeltat.

Crec que ha trencat l'ull al diable una sola dona, lloable, famosa i fructífera, ben coneguda, tinguda per respectable i valuosa, molt temerosa de Déu i cristiana, tota humana afable, dolça, amable, graciosa, entesa, acurada, neta, gentil, sàvia, humil i poc parlera, però gran feinera, una dona endreçada i ben esforçada en tot el que feia. Deia les seves oracions i tot l'ofici, però el servir i el treballar pel seu orar no romanien oblidats. A tots es semblava la seva persona **ser mes home que dona** (el subratllat és mio). Des que vaix néixer que no he vist tanta bondat en cap altra dona. D'aquesta em membro que va estar casada i ben criada, que va ser molt instruïda y educada pel seu marit, el qual la va veure molt ben morir. Ell va restar – us ho puc ben dir- desconsolat, alienat, fora de si. El vaig conèixer bé, vencedor y lluitador. *Blanc i vermell* és el nom d'ell. D'ella em recordo que tingué per primer nom Is, *el primer mort, el peix lliser*. Va ser la meua veïna, la meua mare, la meua padrina i una fidel amiga. De no massa edat, una dona molt distinguida i per a mi molt apreciada. No hi ha res al mon". (IV-III, 1)

también su especial sensibilidad en la lectura del papel que desarrollan los elementos procedentes de la medicina en la construcción de unos determinados valores sociales⁵

Emili BALAGUER PERIGÜELL

VITAR, Beatriz, *La pasión científica de un liberal romántico. Lorenzo Gómez Pardo y Ensenyat (1801-1847)*. Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2007.- 344 pp. [ISBN: 978-84-8489-325-7 (Iberoamericana); 978-3-86527-351-2 (Vervuert)]



Durante el Sexenio democrático (1868-1874) el joyero José Gómez Pardo donó a la Escuela de Minas de Madrid no sólo los papeles, biblioteca, colecciones minerales e instrumentos utilizados en su labor profesional por su hermano Lorenzo Gómez Pardo y Ensenyat, sino también la considerable cantidad de veinticinco mil duros de la época para premiar a los alumnos más sobresalientes de esa institución docente y estimular a quienes contribuyesen a los adelantos en el conocimiento de la minería española. Se sentaron entonces las bases de la fundación Gómez Pardo, que aún sigue viva y apreciada por los ingenieros de minas de este país.

Reconstruir la trayectoria vital del naturalista, farmacéutico e impulsor de la Escuela de Ingenieros de Minas en su etapa fundacional es el objetivo del libro, pulcro y bien escrito, que nos ofrece la historiadora Beatriz Vitar. Basándose en los materiales documentales de ese legado se ha enfrentado al desafío de abordar la vida de un ingeniero, prototipo del rol desempeñado por esos nuevos grupos profesionales de elite que emergieron en

el segundo tercio del siglo XIX para poner sus conocimientos especializados, adquiridos a través de una educación estandarizada, al servicio de la construcción del Estado liberal.

La vida de Lorenzo Gómez Pardo fue corta, pero «brillante» y «agitadísima», según uno de sus primeros biógrafos, el médico pediatra y divulgador científico Manuel Tolosa Latour, autor del texto «Madrileños ilustres. Los Gómez Pardo», publicado en *La Ilustración Española y Americana*, 30 de octubre de 1898, nº XL, pp. 246-247, y fascinante también para entender las relaciones entre ciencia, política y negocios en la España del tránsito del Antiguo Régimen al nuevo Estado liberal, que se intentó construir a partir del fallecimiento de Fernando VII en 1833. Así se deduce de la lectura de esta nueva biografía, atenta a todas las facetas de una personalidad tan compleja y romántica como Lorenzo Gómez Pardo, que podemos seguir a través de cinco amplios capítulos, con los que organiza su obra Beatriz Vitar tras recomponer el puzzle de papeles que se custodian en la Biblioteca Histórica de la Escuela de Minas de Madrid.

En el primer capítulo, uno de los más interesantes desde mi punto de vista, se traza la formación científica de Lorenzo Gómez Pardo, que se desarrolla entre la España napoleónica y la caída

⁵ En este sentido, es necesario hacer referencia a un trabajo anterior: CARRÈ, A. Des de l'altra banda del mirall: la visió masculina del cos de les dones en la embriologia medieval, *Asclepio*, Vol LIII-1, pp.173-195, 2001.

del absolutismo. Debido al negocio familiar —una fábrica de fundición y tirado de oro y plata y una tienda de compraventa de alhajas de esos metales preciosos— sintió ese personaje desde su infancia una atracción por la metalurgia y un interés por la numismática, familiarizándose con un ambiente alquímico, entre retortas, fórmulas y ensayos. Sus primeros estudios los efectuó en los Reales Estudios de San Isidro —el antiguo Colegio Imperial de los Jesuitas— donde ingresó en 1815. Poco después comenzó su carrera farmacéutica, en un momento en el que como es sabido se produjo una reivindicación de las aportaciones de la farmacia a la química, y en el que no era extraño compaginar las profesiones de farmacéutico e ingeniero de minas. En esos estudios tuvo como profesor de Mineralogía y Geognosia Aplicada a Donato García en el Real Gabinete de Historia Natural, y en Física experimental y Química a Juan Mieg y Pedro Gutiérrez Bueno, respectivamente, entre otros. Con 22 años —el 14 de marzo de 1823— obtuvo el título de Bachiller en Farmacia. Pero su carrera de farmacéutico se vio interrumpida por su participación activa en la lucha por afianzar los principios liberales en el trienio constitucional, iniciado con el levantamiento del general Riego. Alistado con 19 años en la Milicia Nacional, fuerza de choque de la burguesía revolucionaria, acompañó en la primavera de 1823 al gobierno constitucional en su marcha al Sur cuando franquearon los Pirineos los Cien Mil Hijos de San Luis, y luchó en la batalla de Trocadero, donde fue herido y tomado prisionero por las fuerzas francesas de ocupación. Se inició entonces una etapa represiva de las ideas y los hombres liberales y un restablecimiento del modelo absolutista de control administrativo farmacéutico. Lorenzo Gómez Pardo se encontraba en unas circunstancias difíciles cuando se produjo un acontecimiento que resultaría decisivo en su formación y en su trayectoria vital: la llegada a España procedente de México de Fausto de Elhuyar, quien al tomar posesión del cargo de Director General de Minas, maniobró para que Gómez Pardo y otros jóvenes científicos liberales obtuviesen pensiones gubernamentales para perfeccionarse en las ciencias mineras en Alemania y otros países de Europa. Y así Lorenzo Gómez Pardo entre 1825 y 1827 profundizó sus estudios de mineralogía en Francia, particularmente en París, donde recibió enseñanzas de los más importantes naturalistas franceses. Tras una estancia fugaz en España en 1827 para obtener la licenciatura en Farmacia fue enviado por Elhuyar a Alemania para perfeccionar su «carrera mineralógica en Sajonia y recorrer los principales establecimientos de Austria, Hannover y demás países». Su larga experiencia en tierras germánicas (setiembre 1828-finales de 1833) le convirtieron en un experto metalurgista gracias a su formación práctica en la Academia de Minas de Freiberg, basada en la observación de las operaciones metalúrgicas en las fundiciones, de las que Pardo dejó una importante colección de apuntes y dibujos.

Si el segundo capítulo — «El regreso a España. Milicia y política»— está dedicado a analizar la trayectoria política de Lorenzo Gómez Pardo en las filas del liberalismo progresista en la década que transcurrió desde su retorno a Madrid hasta la caída del líder de los progresistas, el general Espartero, en 1843, el tercer capítulo —«La administración del ramo de minas»— constituye una presentación del importante papel desempeñado por Lorenzo Gómez Pardo en la Dirección General de Minas en una coyuntura de resurgimiento de la producción minera tras producirse el boom del plomo argentífero en las tierras almerienses de Sierra Almagrera en los inicios de la década de 1840. En una década tuvo un ascenso meteórico en la administración minera pasando de inspector de distrito de 2ª clase dentro del cuerpo facultativo de Minas, y profesor de la cátedra de Metalurgia de la Dirección de Minas, a ser miembro de la dirección colegiada que se estableció durante la regencia de Espartero. A su influencia se debe la reorganización del Cuerpo de Minas que se produjo por Real Orden de 24 de enero de 1841, en un momento en el que era una figura política de cierto relieve en el partido progresista. Fueron esos años tiempos de febril actividad. Intervino en la actualización de la legislación minera, organizó el Cuerpo de Ingenieros de Minas, participó en la toma de decisiones por la que se trasladó la Escuela de Minas de Almadén a Madrid, se encargó de las inspecciones de los distritos mineros de Linares, Aguilas, (que comprendía los yacimientos de Sierra Almagrera) y Almadén, donde tuvo que hacer frente a los continuos conflictos entre faculta-

tivos y administrativos. De estos trabajos se conservan una amplia colección de apuntes, completados en algunos casos con reseñas históricas, sobre los minerales de los diferentes distritos mineros que estuvieron a su cargo, observaciones y comentarios de Gómez Pardo sobre la explotación de los principales recursos mineros españoles de la época como el azogue, el plomo y el cobre, y una correspondencia con los ingenieros destinados en ellos que, según Beatriz Vitar, «constituye una fuente de información inapreciable para el estudio del ejercicio profesional en el campo de la ingeniería de minas y el conocimiento en particular de una parcela de la administración del Estado, mostrando en toda su crudeza las luchas de poder en un mundo de ambiciones e intrigas». (p. 125). Asimismo en el libro se ofrecen numerosos dibujos de las minas visitadas por Gómez Pardo: en la página 161 se ofrece, por ejemplo, un plano de la minas y otras instalaciones de Almadén.

Otro de los capítulos de cierto interés para los historiadores del sistema científico-técnico español es el cuarto —«La vida docente y académica»— en el que se ofrece información significativa sobre la enseñanza de la Ingeniería de Minas, y la evolución de la Escuela Especial de Ingenieros de Minas en Madrid, de la que Gómez Pardo fue uno de sus impulsores. Beatriz Vitar da cuenta en él de los preparativos para el traslado de la vieja Academia de Minas de Almadén a la capital del Reino, de los primeros años de andadura del nuevo establecimiento docente y de sus dificultades para consolidarse, dado el escaso número de alumnos en su fase inicial. También hay alusiones, si bien breves, a la participación de ese ingeniero de minas en otras instituciones e iniciativas científicas, como la Academia de Ciencias Naturales, —embrión de la Academia de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales, de la que Gómez Pardo fue nombrado académico numerario poco antes de fallecer—, la Sociedad Numismática, y la Academia Alemana Española.

En el quinto y último capítulo la autora nos ofrece una aproximación al «entorno familiar y social» de Lorenzo Gómez Pardo, dándonos cuenta a través del análisis de su correspondencia de los diferentes círculos, —el familiar, el íntimo, el político, el del mundo minero, en el que destacó su relación con Casiano del Prado y Guillermo Schulz, entre otros ingenieros de minas— en los que se desarrolló el quehacer de ese ingeniero romántico y liberal, aficionado a la música, escritor de poesías en sus ratos de ocio, y gran excursionista para incrementar sus colecciones mineralógicas. Debido a esta actividad su amigo el también ingeniero de minas Pedro Sainz de Baranda, con el que había compartido experiencias en sus años de formación germana, le denominaba cariñosamente «Pedruscos». Y se nos revelan datos sobre su achacosa salud, que se quebrantó aún más cuando a la caída de Espartero fue apartado de sus altas responsabilidades en la administración minera por sus enemigos políticos.

En fin, la obra que comentamos ofrece a través de la historia de la vida de un representante de las clases medias emergentes en los inicios de la construcción del Estado liberal información relevante sobre la formación y actividad profesional de los representantes de un cuerpo profesional que contribuyó significativamente al conocimiento de la gea española y al aprovechamiento de los recursos mineros, importantes en la economía española del segundo cuarto del siglo XIX, cuando el Estado español sentó las bases para convertirse en una potencia minera. Así lo ha destacado en «L'Espagne, puissance minière dans l'Europe du XIX siècle» (Madrid, 2000) Gérard Chastagnaret, autor con el que la autora sorprendentemente no ha dialogado.

Los documentos que han desfilado ante Beatriz Vitar para elaborar esta obra son de una gran riqueza. Ha podido ver, por ejemplo, el material reunido por Lorenzo Gómez Pardo en sus clases de zoología de 1820 y 1821 en los que hay apuntes sobre Cuvier y unas notas en latín de la *Monachologia* del mineralogista austríaco Edler von Born, quien en esa obra satírica anti-católica describió numerosas observaciones sobre las costumbres sexuales de diversos tipos de monos. Como la misma autora reconoce su mirada ha dado lugar a una particular «apropiación», bien organizada, ciertamente. Es posible que otros investigadores, con otras lentes, obtengan otro tipo de aprovechamiento de una veta tan rica, y polimorfa, como la que ofrece el legado Gómez Pardo, en el que hay materiales documentales muy valiosos sobre cuestiones importantes de la ciencia española de

LIBROS

la primera mitad del siglo XIX, como la transferencia de conocimientos científicos mineralógicos entre los centros de saber europeos, principalmente alemanes y franceses, y sus homólogos españoles. Asimismo otro tipo de material que puede ser reinterpretado y reutilizado de otra manera es la excelente biblioteca de Lorenzo Gómez Pardo, que se conserva, al parecer, en su integridad en el Fondo Antiguo de la Biblioteca Histórica de la Escuela de Minas de Madrid, y de la que la autora de esta interesante y consistente biografía da solo someras noticias (en págs. 219, 248 y 270).

Leoncio LÓPEZ-OCÓN CABRERA